

Tribuna

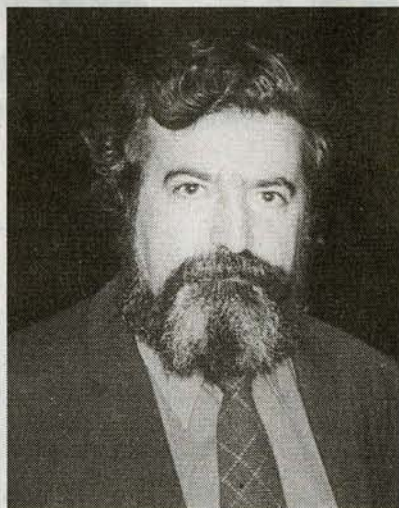
# Poesía en los muros

A siete años de su autoeliminación, los tomeminos no quieren saber nada de la poesía de Alfonso Alcalde, pintada en los muros por la gente del Cecum, que ganó un proyecto Fondart. Ya agredirán los versos de Alfonso Mora o de Benjamín Silva, otros de sus mitos. Nunca lo hubiera imaginado, en un lugar donde creen que se privilegia la cultura. Personalmente, pienso que sólo les interesa "de los dientes para afuera". Como en todas partes, por lo demás, en los tiempos que corren.

Hasta donde se podía ser amigo suyo, lo fui de Alfonso Alcalde, de quien escenifiqué dos de sus cuentos. Sin embargo, no se parecía en absoluto a sus personajes. En nada se asemejaba a los Salustios ni a los Trúbicos. A ratos, parecía extraído de una novela de Pepe Donoso. Uno de esos tíos viejos y solitarios consumidores de tacitas de té, que no dejarán un peso a sus parientes, y que cuando se vuelven gruñones, más vale ponerse a buen recaudo.

Periodista de oficio, figuró en el "equipo fundador" de muchos medios. A poco andar, los dejaba abruptamente, porque, para él, sólo contaba su propia disciplina. Le ocurrió en "Vistazo", el semanario editado por el Partido Comunista para competir con la antigua "Ercilla", y en otras partes. Entonces, se refugiaba en los libros que quería terminar. En una ocasión, un escritor en ciernes que recién lo conocía, le comentó: "Usted no se imagina lo difícil que resulta escribir algo". Alfonso, con modestia, le contestó que algo entendía de esas cosas, porque ya había publicado treinta y tantos libros. Después dijo que no le había mencionado los premios "para no 'achuncharlo' en su ignorancia". De "El panorama ante nosotros", por ejemplo, se escribieron cosas maravillosas fuera de Chile, que no le quitaban el sueño para nada. En su país, cuando vivía, la crítica no fue tan generosa

• *Hay que releer -si se han leído- los cuentos de Alfonso Alcalde. Hace reír con recursos de buena ley, enredando genialmente situaciones. Y estirándolas, porque los protagonistas no quieren quedarse solos. Porque necesitan la comprensión y la ternura de la gente. El lo sabía mejor que nadie, pero en Tomé quieren borrar su poesía de los muros.*



con su obra.

Sus "salidas de madre", daban, sí, bastante que hablar. En la desaparecida radio "El Sur" -que nada tenía que con este diario- Humberto Duvauchelle y Julio Sáez Perry, pariente del propietario, me parece, leían el informativo del mediodía, elaborado por Alcalde. En una mala tarde, Alfonso entró como una tromba al locutorio, prendió un fósforo y quemó las carillas que leía sobriamente el futuro

abogado. "Esto se acabó, no hay más noticias. El dueño es un tal por cual", gritaba Alfonso, a micrófono abierto. Humberto y su compañero lo miraban espantados y sin atinar a nada.

Tremendamente creativo, se hizo cargo, en 1961, de la jefatura de propaganda del candidato a senador Tomás Pablo. El ideó aquello de "Té Pé, la fuerza del progreso", que mucho contribuyó al ascenso del fallecido ex parlamentario a la Cámara Alta, porque la frase "bombardeaba" a cada rato desde las emisoras contratadas por Alcalde.

Cuando Iván Cienfuegos dirigía EL SUR, Alfonso hizo entrevistas muy comentadas para el suplemento dominical. A menudo, descolocaba a sus personajes con preguntas demasiado directas. Al mentón, casi. Hasta que encontró "la horma de su zapato" en Daniel Quiroga, musicólogo de nota y director, entonces, de la Radio Universidad de Concepción, donde también trabajaba. "¿No lo acompleja ser tan chico? le planteó Alfonso. "El porte es lo de menos -le contestó Quiroga-. Lo que importa es cómo uno caracolee". Alcalde quedó "de una pieza", pero reprodujo textualmente la respuesta, que, por cierto, causó mucha gracia entre los lectores del diario.

Hay que releer -si se han leído- los cuentos de Alfonso Alcalde. En ellos pasan las cosas más extraordinarias y no parecen inventadas. Pocos autores nuestros han conseguido lo que tan bien logró Alcalde. Uno se muere de risa, y de la boca de sus personajes no sale ninguna procacidad. Ninguno habla "de la cintura para abajo", ni tiene maneras equívocas. Hace reír con recursos de buena ley, enredando genialmente situaciones. Y estirándolas, porque los protagonistas no quieren quedarse solos. Porque necesitan la comprensión y la ternura de la gente. Alfonso lo sabía mejor que nadie, pero en Tomé quieren borrar su poesía de los muros.

Sergio Ramón Fuentealba